

ASALTANDO EL TERRENO DE LA UNIDAD (5): LA ELECCIÓN DE DIOS, FRENTE A HACER LO QUE ES RECTO ANTE NUESTROS PROPIOS OJOS

La historia de Caín y Abel, los dos primeros hijos de Adán y Eva, establece un principio importante de que la adoración a Dios no debe ser según el pensamiento del hombre sino según la revelación de Dios (Gn. 4:3-8). Abel ofreció un cordero según la revelación de Dios, pero Caín ofreció el fruto del trabajo de sus propias manos. Desde entonces los hombres han suplantado una y otra vez la forma de adoración ordenada por Dios, con sus propios pensamientos e intenciones. En Deuteronomio 12, Dios extendió este principio al lugar en el que deseaba recibir adoración. Encargó a Israel que trajera sus ofrendas a Jerusalén y que no siguiera a las naciones en el establecimiento de centros de adoración según su propia conveniencia y preferencia. Hoy en día, el modelo del Nuevo Testamento contrasta fuertemente con la práctica común de ir a la “iglesia de su elección”. Sin embargo, según la Biblia, Dios ha ejercido Su propia elección al establecer el lugar donde ha puesto Su nombre. Y es únicamente el lugar elegido por Dios el que manifiesta y preserva la unidad del Cuerpo de Cristo.

Hacer lo que es recto ante nuestros propios ojos, versus regresar al lugar único elegido por Dios

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento dan testimonio de que Dios ha puesto Su nombre en el lugar único de Su elección. En Deuteronomio 12, Jehová estableció un estatuto con respecto a la adoración de los hijos de Israel cuando entraron en la tierra prometida: “Sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escoja de entre todas vuestras tribus para poner allí su nombre, es decir, Su habitación, ese buscaréis y allí iréis” (v. 5). Como dijo Witness Lee: “El nombre de Dios denota Su Persona. El hecho de que Su nombre esté en un lugar específico, significa que Su Persona mora en ese lugar. Esto indica que el único lugar que Dios había escogido era la morada de Dios, la habitación de Dios” (*El terreno genuino de la unidad*, 44-45). Junto con este estatuto Jehová hizo una advertencia: “Cuidate de no ofrecer tus holocaustos en cualquier lugar que veas, sino que en el lugar que Jehová escoja en una de tus tribus, allí ofrecerás tus holocaustos, y allí harás todo lo que yo te ordeno” (v. 13-14). Repetidamente en Deuteronomio 12—16, Dios habla del lugar único de Su elección, indicando su importancia.

Antes de designar un lugar único donde Él pondría Su nombre, Dios ordenó a los hijos de Israel que quitaran todos los lugares de adoración establecidos por los cananeos. Jehová declaró: “Destruiréis completamente todos los lugares donde las naciones que vosotros habéis de desposeer han servido a sus dioses, sobre los montes altos, sobre los collados y debajo de todo árbol frondoso” (12:2). Este versículo habla de la práctica religiosa de establecer centros de adoración de acuerdo con el propio concepto, preferencia y elección del adorador, lo cual es un asunto de que cada hombre haga lo que “es recto ante sus propios ojos” (v. 8). Establecer centros de adoración de acuerdo con la preferencia y elección propias, viola el mandato claro y directo de Dios y daña el testimonio de Dios en la tierra. La condenación de Jehová respecto a que el hombre ejerza su propia elección en la adoración a Dios es clara: “No harás así a Jehová tu Dios” (v. 4).

Usando esto como telón de fondo, Jehová reveló Su propia elección al establecer el lugar único, Jerusalén, donde Él haría habitar Su nombre (v. 5). Era en Jerusalén a donde se requería que todas las tribus llevaran sus ofrendas para adorar a Dios. Dios no permitió ningún otro centro de adoración, ya fuese por conveniencia o preferencia. La elección de Dios de establecer a Jerusalén como el lugar único para poner Su nombre fue el factor preservador de la unidad de los hijos de Israel; sin embargo, la decisión de Jeroboam de establecer centros de adoración en Dan y Betel resultó en la división de los hijos de Israel y finalmente los llevó a su cautiverio (1 Reyes 12:26-33).

Según el Nuevo Testamento, el lugar donde Dios ha puesto Su nombre tiene dos aspectos: nuestro espíritu humano (Juan 4:20-21, 23; Ef. 2:22) y la iglesia (1 Ti. 3:15). Puede que estemos más familiarizados con el primero, pero el segundo es igualmente crítico. En la era de la iglesia, Dios no ha dejado el lugar de la adoración de Dios a la preferencia del hombre, sino que sigue ejerciendo Su propia elección sobre dónde colocar Su nombre. En 1 Corintios el apóstol Pablo escribe: “A la iglesia *de Dios* que está en Corinto...” (1:2a). Este maravilloso versículo indica que la iglesia no solo pertenece a Dios sino que también tiene a Dios como su fuente y contenido. Es en la iglesia de Dios que Él ha escogido poner Su nombre, es decir, poner Su persona. Mientras que la iglesia, siendo *de Dios*, es universal según su naturaleza, también es práctica, teniendo una expresión local: “la iglesia de Dios *que está en Corinto*”. Según el modelo del Nuevo Testamento, la preservación de la unidad del pueblo de Dios hoy se practica sobre el terreno de la localidad (Hch. 14:23; Tito 1:5; Ap.1:11). Al igual que con Jerusalén, la iglesia en una localidad sobre el terreno de la unidad expresa la unidad del Cuerpo de Cristo en un lugar particular. Por lo tanto, estar en el espíritu y permanecer en el terreno apropiado nos preserva en la unidad del Cuerpo de Cristo como un todo.

Nuestra lujuria en el ejercicio de nuestra elección necesita ser sometida

Dios ha establecido el lugar único para Su adoración, y cualquier otro lugar escogido por el hombre es condenado por Dios. Sin embargo, dentro del hombre existe una lujuria, un deseo de perseguir su propia gratificación ejerciendo

la elección propia. Tomar la elección de Dios y dejar de lado nuestra elección y preferencia, es temer a Dios y reconocer su derecho supremo de establecer la manera en que debe ser adorado (Dt. 14:23). Ejercer nuestra elección y dejar de lado la elección de Dios es ceder terreno a nuestra lujuria. Con respecto a esto, Witness Lee dijo: "La elección del lugar de adoración le corresponde completamente al Señor; no depende de nuestras preferencias. Si actuamos según nuestras preferencias, satisfaciendo nuestros deseos con respecto del lugar de adoración, nos abandonaremos a nuestra lujuria" (*El terreno genuino de la unidad*, 48). Ejercer la elección propia en contra de la elección expresa de Dios es rebelión y complace nuestra lujuria.

Aceptar la limitación de la elección del Señor pone fin a nuestra propia elección. Si tenemos una visión clara del terreno de la iglesia, no podemos ir a un lugar diferente cuando surjan ofensas o desacuerdos entre nosotros y nuestros hermanos en la fe. Cuando surgen tales problemas nos vemos obligados a lidiar con las diferencias, para ser uno con nuestros hermanos y hermanas en el Señor (Mat. 18:15-17; Fil. 4:2; 2:2-3; Col. 3:13). De acuerdo con el principio espiritual del Salmo 133, cualquier problema que existiera entre los israelitas debía resolverse mientras subían a las fiestas en Jerusalén para reunirse en unidad y disfrutar de la bendición de la vida con el pueblo de Dios colectivamente (v. 3). Para lidiar con tales problemas, debemos dejar que la paz de Cristo arbitre en la vida de la iglesia (Col. 3:15).

Además, al aceptar la elección de Dios, disfrutaremos a Cristo como nuestra porción principal y no abusaremos de la gracia de Dios. Dios requería que las ofrendas se hicieran en el lugar de Su elección (Dt. 12:17, 18). Los hijos de Israel eran libres de disfrutar del fruto de la cosecha y de su ganado en cualquier lugar y en cualquier momento durante el año. Sin embargo, la mejor porción del ganado y la cosecha se guardaría y disfrutaría solo cuando los hijos de Israel se reunieran en el lugar elegido por Dios, Jerusalén. Cristo es hoy la realidad de todas las ofrendas que constituyen la adoración a Dios. Si abandonamos nuestra reunión con otros creyentes sobre el terreno de la unidad, nos perderemos la mejor porción del disfrute de Cristo y abusaremos de la gracia que Dios nos ha dado. No tenemos derecho a disfrutar de la mejor porción de la gracia de Dios según nuestra preferencia y elección. Si hoy no asistimos a las reuniones de la iglesia, no tenemos derecho ni acceso a la mejor porción del disfrute de Cristo como la gracia de Dios para nosotros. Con respecto a esto, Witness Lee dijo:

Hay una regulación divina que nos prohíbe abusar de la gracia de Dios. Según esta regulación, debemos ir a la casa de Dios, la iglesia, a fin de disfrutar la mejor porción de Cristo. Tenemos que acudir al lugar que Dios ha escogido; no se nos permite actuar según nuestra propia elección o preferencia. Al aceptar lo que Dios ha escogido, nos sometemos y no abusamos de Su gracia. (*El terreno genuino de la unidad*, 50)

El acto de establecer centros alternos para la adoración de Dios es un abuso de la gracia de Dios.

Intentar crear "unidad" a través de la actividad

Al reconocer que la Biblia condena la división entre los creyentes, algunos cristianos intentan crear "unidad" a través de actividades, movimientos y campañas, incluidas aquellas que abordan problemas particulares. Sin embargo, una vez concluidas las actividades y encuentros, todos regresan a sus respectivas denominaciones y sectas. Tales esfuerzos para crear la unidad cristiana implican un reconocimiento de que los cristianos están divididos. Los métodos empleados son intentos hechos por el hombre para "estrechar la mano" sobre las vallas denominacionales (ver *Pláticas adicionales sobre la vida de la iglesia*, 100-108) y, en última instancia, traicionar una falta de voluntad para destruir las divisiones, los "lugares altos" en sí mismos. Intentar la "unidad" a través de la actividad es simplemente un medio de adormecer el reconocimiento de la conciencia cristiana de que la división en el Cuerpo de Cristo es mala. Estos intentos de crear unidad no abordan la razón subyacente de la división en el Cuerpo de Cristo: negarse a aceptar la elección única de Dios y, en cambio, mantener los "lugares altos" de preferencia y elección del hombre. En última instancia, tales esfuerzos no pueden tener éxito en la realización de la unidad del Cuerpo de Cristo en la práctica, porque el terreno de las denominaciones y las sectas se oponen a la elección de Dios, el terreno genuino de la unidad.

A pesar de los movimientos ecuménicos, las campañas inter-denominacionales y las actividades de unidad, solo el terreno de la unidad preserva la unidad entre los creyentes. Una vez finalizadas las campañas y las actividades, los participantes regresan a sus respectivas denominaciones y retoman su comunión sectaria. Al abordar este fracaso en el cristianismo, el hermano Lee dijo: "Aparte del terreno local, cualquier tipo de 'unidad' que se base en la misma opinión es en realidad una división. Cuando nos unimos a un grupo de personas con base a una determinada opinión, automáticamente nos separamos de otros creyentes. Solo en el terreno local puede haber unidad sin división" (*Lecciones para nuevos creyentes*, págs.220-221). El correctivo bíblico para la actual situación de división entre los cristianos es dejar de hacer lo que es recto ante los propios ojos y regresar al lugar único de la elección de Dios, el terreno genuino de la unidad. Al hacerlo, seremos guardados de abusar de la gracia de Dios y seremos subyugados en nuestra lujuria por nuestra preferencia y elección.